

La colección *Un libro por centavos*, iniciativa de la Decanatura Cultural de la Universidad Externado de Colombia, cumplió diecisiete años (2003-2020) de publicaciones, mensuales, gratuitas e ininterrumpidas, con publicaciones entre 8.000 y 10.000 ejemplares por título.

La Colección aparece en ediciones bellas y económicas, que se distribuye, gratuitamente, a los suscriptores de la revista *El Malpensante* y se obsequia en bibliotecas públicas, casas de cultura, colegios, universidades, cárceles, organizaciones gubernamentales y no gubernamentales.

Labios que están por abrirse, Antología es el poemario n.º 175 cuyo cuidado y selección estuvo a cargo del mismo poeta bogotano, Alejo Morales, quien obtuvo el primer lugar en el xxxiii Concurso Universitario Nacional Universidad Externado de Colombia (2020), con su libro titulado *Abandonados en la puerta de la historia*.

El jurado, Tania Ganitsky, Beatriz Vanegas Athías y José Luis Díaz-Granados, destacan que el libro *Abandonados en la puerta de la historia* es un acertado ejercicio poético de representar, a partir de imágenes y analogías estremecedoras, las múltiples violencias.

Los lectores de esta antología encontrarán en sus primeras páginas los poemas galardonados en este Premio.

Selección y cuidado de
Alejo Morales



N.º 175

Alejo Morales

Labios que
están por abrirse

Antología

UNIVERSIDAD EXTERNADO DE COLOMBIA
DECANATURA CULTURAL
2021

ISBN 978-958-790-563-2

© Alejo Morales, 2021
© Universidad Externado de Colombia, 2021
Calle 12 n.º 1-17 este, Bogotá - Colombia
Tel. (57 1) 342 0288
dextensionc@uexternado.edu.co
www.uexternado.edu.co

Primera edición
Febrero de 2021

Imagen de carátula
Nacimiento, por Angie Vega, óleo sobre lienzo
30 x 40cm., 2020

Diseño de carátula y composición
Departamento de Publicaciones

Impresión y encuadernación
Editorial Nomos S.A.

Impreso en Colombia
Printed in Colombia

Consulte nuestros poemarios publicados durante 17 años en:
www.uexternado.edu.co/decanatura-cultural/libro-centavos-1-10/

UNIVERSIDAD EXTERNADO DE COLOMBIA

Juan Carlos Henao
Rector

Miguel Méndez Camacho
Decano Cultural

Clara Mercedes Arango
Coordinadora General

ANGIE VEGA nació en 1998 en Bogotá. Inició la carrera de Artes Plásticas y Visuales en la Universidad Distrital Francisco José de Caldas en 2015. Desde entonces ha participado en diferentes exposiciones colectivas como en el Museo de Artes Gráficas en Bogotá, la Facultad de Artes ASAB, el Archivo de Bogotá, la Alcaldía de Tocancipá, la Galería el Garaje y Zona L, al igual que en países como México y Estados Unidos; en espacio como la Galería Ramón Alva de la Canal en Xalapa, Caja Real en San Luis de Potosí, Museo de Arte Contemporáneo Primer Depósito en Guanajuato y Mifa Gallery (Miami International Fine Arts). Su trabajo ha obtenido diferentes reconocimientos como el premio del público en el x salón de arte joven del club el Nogal, el primer puesto en el VII concurso de pintura figurativa en Tocancipá y el primer lugar en la convocatoria Lorenzo Jaramillo en la Facultad de Artes ASAB.

CONTENIDO

- Los siete dolores de la Virgen Armenia [8],
Madres de Calama [25], Srebrenica, 1995 [28],
Kind of blue [31], Historia de la sustitución [33],
Funeral de las urracas [40], Gracia sonora [41],
Canción de cuna: A los labios que están por abrirse [44],
 De cómo después de la terapia
 soy un espacio bombardeado [47],
 Anatomía no identificada [49], 2001 [51],
 Un ángel duerme en los puños de papá [55],
Eneida [61], Historia de una muñeca de nieve [64],
 Bodegón de uchuvas [67],
Historia alternativa con griegos de fondo [69],
 Oración para despertar [72]

LOS SIETE DOLORES DE LA VIRGEN ARMENIA¹

Ahora, en este lugar, hay un hermoso parque, donde la gente como yo pasea a sus perros, personas que no son reconocidas por la historia como por una madre sustituta

Tatev Chakhian

1

Me han golpeado tan fuerte que he olvidado un país.
Tan fuerte, que mi mirada desenfocada,
vuelve al lugar de lo que pudo haber sido.

¹ El Genocidio Armenio (1914-18) promovido y efectuado por el gobierno de Jóvenes Turcos del Imperio Otomano, fue un proceso en el que se buscó, mediante una campaña sistemática, exterminar y desplazar al pueblo armenio en una suerte de limpieza étnica y religiosa, que dejó entre 1 millón y millón y medio de víctimas. Se dice que alrededor de Der Zor se crearon campos de concentración donde miles de refugiados armenios reubicados allí, después de dos primeras matanzas dentro del territorio turco, fueron forzados a marchar a través del desierto hasta morir, sin darles agua ni comida. A los que sobrevivían al viaje los apilaban en antiguos pozos petrolíferos y les prendían fuego. Muchas mujeres fueron forzadas a casarse con mercenarios persas para sobrevivir, teniendo incluso que convertirse al islam, siendo el pueblo armenio netamente cristiano desde el siglo IV D.C. Aún hoy el gobierno turco, junto a otros países europeos, niegan el Genocidio Armenio alegando que se cometieron crímenes de ambas partes.

¿Una alubia que graniza sobre una palma vacía?
¿Un pueblo tomado de los tobillos y sumergido
hasta volverse azul en el Éufrates?
Mis palmas despiden por separado
la dinastía de caballos ahorcados con carteles,
que reducen la palabra armenio
a la sílaba sorda de un disparo.

Me han golpeado tan fuerte que he olvidado el
nombre de mi hijo.
Mi hijo, una toalla que el fuego usa para secar su piel.
Su cuerpo, un alfabeto de hematomas
que solo la muerte logra leer sin cerrar el párpado.
Con ira veo en su ojo, como una ciudad de nieve se
derrumba.
Con ira, disperso sus brazos sobre cada línea del Corán.

Me han golpeado tan fuerte que he olvidado el color
de mi madre.
Una fotocopia cristiana de la mujer hebrea,
a la que se le vio tragarse su propio cabello por amor
a *Allah*.
Dios mismo agarró los huesos de su columna
para rezar un rosario dentro de ella.

Veo su cara recostada contra el marco de una puerta.
Veo su mentón dibujado por un artista que no sabe
dónde termina el rostro y dónde comienza el cuerpo.

Me han golpeado tan fuerte que he olvidado la voz
de mis amigos.
Cada uno duerme con las manos sobre su garganta,
para sellar una posible entrada
en la puerta oculta de su lengua.
Por temor a perder el habla,
cada uno duerme con las manos sobre su garganta.
El habla, ese cuerpo extraño dentro del silencio.
Y cada herida de bala,
el ojo abierto de un profeta,
por donde un ángel en llamas
sopla.

2

Recuerdo a mis padres. Sus manos limando los ojos encogidos del abuelo. Ojos enchapados en cristal blanco de 1879, donde una generación convertida en muñecos de nieve parecía descansar. Recuerdo el silencio de mis padres oscureciendo cada palabra que salía de la radio. El balbuceo en tono bíblico de sus labios deformados por el idioma apolillado de sus verdugos. Recuerdo mis brazos manchados por el sonido de la estática. La cabeza de mi abuelo girando bajo el cuchillo. Dejando caer un hilo rojinegro sobre el piso embaldosado. La cabeza del armenio girando bajo el cuchillo. Su quejido coagulándose hasta formar un charco de mariquitas sobre el ruido blanco.

Cuando con delicadeza, mis padres escucharon los decibelios que goteaban por sus manos. Sus dedos, largos como antenas radiales, se hundieron en la silueta de plomo de una vieja fotografía, buscando del otro lado el rostro agrietado del abuelo. ¿Qué eres abuelo? ¿Lo audible que se quiebra bajo el párpado? ¿O el país lechoso que me mira desde un atlas? Solo la estrella rota de tu vista lo sabe. Eres la Belén que persigo, desde

el fondo de mi cuerpo maltratado por la gramática inglesa. Veo la escritura de tus huesos abuelo, brillar como antenas espaciales. Veo la cabeza del bárbaro girando bajo el cuchillo. Y porque a ese quejido, mis padres decidieron llamarlo música.

3

Hace cuánto que la muerte cantó en los tejados de Constantinopla.
Hace cuánto un pulgar envuelto en seda y del tamaño de un caballo firmó un tratado de paz en nuestro cuerpo.
Azul era su canto y el relincho de cada dedo puesto en oración sobre una pincelada de tierra.
Azul la sinfonía rocosa de *Garní* llorada por el costado del *Mesías*.
Azul la línea de tiempo de un país amarrado a cada palo de tortura.
Azul los brazos que fingen no recordar el mar ante el primer indicio de articulación vocal en la garganta del ahogado.
Azul la franja central de la bandera armenia.
Azul el color del pecado en la mejilla maquillada por el dedo encendido del islam.
El dedo que dice *tú* y hace de la lengua una soga donde apoyar la jerga cristiana.
La jerga que bautizó con vodka de moras el labio hinchado de la abuela.
La abuela que había herido con su cabello la espalda del Éufrates

hundió la punta de éste, como un pincel en la mejilla
abierta de su padre,
y procuró estregar las delgadas vías que salían de su
boca y ojos,
para borrar las líneas que expresaban felicidad en su cara.
Su cara dividida entre los pliegues del azul
sabe la razón por la que sus rodillas declinan en los
baños públicos.
Sabe por qué la mano tiembla cuando siente de
cerca un crucifijo,
y por qué en los ojos de nuestra familia la muerte
viaja más rápido que la luz.

El llanto es una polilla posada en su rostro,
una frase oscura en mitad de la página escrita en una
vieja lengua,
y clavada hace once décadas sobre una cruz de tres brazos.
Su lengua, mi lengua, nuestra lengua,
un badajo donde *Dios* escucha
el silencio de la Creación
fracturarse
en treinta y seis sonidos
diferentes.

4

Pondremos los dedos sobre el violín una vez las
cuerdas hayan sangrado,
una vez la música migratoria de los gansos se haya
secado

en los brazos de los cazadores. Escribiremos sobre la
hoja negra del cuchillo,
testamentos en verso con la punta encendida de
nuestros cigarros,

una vez las mujeres de Van dejen de tejer la mirada
del agua
en los párpados caídos de sus hijos. Dejaremos que
sobre un lienzo de carne

la mano llore y reproduzca la gramática que el intenso
rojo de los escorpiones voladores compone a la belleza
destruida, una vez los hombres

que arrodillaron sus dedos sobre nuestras gargantas
para medir la palabra *Dios*,
se hundan hasta las caderas en el desierto de acero

que el conteo de nuestros pasos ha forjado. ¿Es posible
convertir el plomo en oro?

¿Es posible señalar el índice del sultán como mártir?

En Der Zor cada pulmón es un arca
donde el aire se acuesta como una muchacha somnolienta.

En Der Zor, mojada de oscuridad, nuestra ropa
huele todavía a calabaza.

Tiras de calabaza con las que pintaron líneas de tránsito

para futuras carreteras. Tiras de calabaza que sirvieron
de gasa

para las siguientes generaciones turcas,

que usaron el lenguaje corporal para estirar la continuidad
de su mentira. ¿En qué momento la alabanza

huyó de las basílicas para convertirse en canto nómada?

¿En qué momento el cabello de nuestras abuelas

se tendió hacia sonido púrpura del fuego? Ahogados
entre la grasa

que desprende nuestra cara. Y el guiso endurecido
de nuestra propia sangre

embadurnando las cúpulas de las mezquitas.
Aprendimos a contemplar una hoguera,
siendo devorados por la sombra de las llamas.

5

Ni siquiera *Dios* sabe cómo sobrevivimos,
con las manos detrás de la cabeza
y los pies ennegrecidos
por el empecinado dictado de las varas.

Ni siquiera tú sabes en qué momento
el rostro de tu madre se encogió en tu mano,
en qué momento,
el Patriarca vaticinó en decir
qué cielo de color granito
debía romperse en nuestra lengua
para que pudiéramos nacer.

¿Estabas ahí
cuando vendieron el canto de las niñas
en bolsas de detergente,
ahí cuando nos dijeron:
*quien use zapatos de nieve
no perderá sus pies en el desierto?*

Aquel verano supiste que la bala es un hijo para el rostro,
un hijo que balbucea en posición de súplica la oración
del invasor.

Aquel verano el silencio que narró
el paso de la sangre de una generación a otra,
decidió hablarte de la inexistencia del cielo en tu
cuerpo,
y entendiste que
a quienes negaron experimentar otra forma de muerte
en la caricia,
los diferenciaban por la historia de su piel y el largo
de sus cuellos.

Entendiste que no se puede transmitir el dolor de
perder un país
hasta que tu lengua no se hiera de peinar cada sílaba
turca.
hasta que tu pecho no sea más ese armario vacío
donde cuelgas de rodillas la bandera.

Nuestra bandera
—para siempre—
un racimo de manos extendidas
en busca del idioma derretido
que dio nombre a nuestro pueblo.

6

Cuando los críticos literarios se conviertan en senadores
abolirán la palabra *muerte* de los diccionarios,
por provocar manchas en la piel de quien las pronuncia
y prender la pupila de *Dios*
como si fuera una mariquita.

Hay que gobernar con delicadeza, dicen,
por eso se regula el consumo de poesía
y se usan sus páginas para envolver el tabaco
que encenderán presidentes de naciones extranjeras.
No se sorprenda si el verso blanco huele a niña
encontrada después de siete meses bajo el brazo
paternal del río,
y los poetas que, ingenuamente intentan sustituir la
casida por el soneto,
descubren que el árabe se ha comido la mitad de sus
mejillas.

Cuando los críticos literarios se conviertan en senadores
decretarán siete días de silencio,
para cambiar secretamente en la constitución la
definición de *genocidio*
por *pequeña turbación de los derechos humanos*.

Y hablarán,
hablarán con su camada de amantes sobre la necesidad
de leyes
contra poetas migrantes,

hasta convertir sus teléfonos en prisiones de alta seguridad,
hasta crear mecanismos que permitan
a las pantallas
mudar de piel en nuestros cuerpos.

Cuando los críticos literarios se conviertan en senadores
acusarán a los filólogos de pirómanos,
arreglándoles penas de hasta 40 años
por incinerar sus propias camas para poder comer.
La *Virgen María* será declarada enemiga del pueblo,
y sobre una falange negra colgará
—derrotada—
la bandera de la paz.

7

El cabello de una mujer se quema
como un zapato de cuero negro en un archivo de
memoria histórica.

Histórica la mujer que presagió sin un solo tiro de gracia
la independencia de un país
gobernado
desde la suavidad de una cuna.

Una mujer declarada patrimonio cultural
y acusada de traición tres años más tarde
por el partido de gobierno,
pues llevaba en su cuello un tatuaje
referente al genocidio
sin apenas preocupación
por la sensibilidad musulmana.

La mujer para tener conocimiento de su pasado
pasa sus dedos por cada fotograma del territorio turco,
y llueve
sobre la silueta de un país
que no escribirá hoy un evangelio de perdón
en la ciruela reventada que le quedó por labio.

Recuerda que su papel de Medea
no fue bien recibido por la política exterior
que la calificó de hipócrita
por sumirse a los deseos de limpieza étnica del sultán.
Aquel que cuando el Éufrates lloró sangre dijo:

*Nadie deja descansar su nudillo sobre un río a menos que
quiera enrojecerlo.*

Horas más tarde la mujer detuvo su índice en una imagen
donde niñas la saludaban con sus burkas al viento.
Recuerda cuando un ramo de polillas blancas vino a
relevar su pelo.
Cuando la lágrima se convirtió en unidad de medida
para tallar al río.
Y el día en que se quemó una pila de camándulas en
la plaza pública
para alabar las directrices de gobierno.

Recuerda que
para evitar la proliferación de nuevos profetas
los sacerdotes pasaron a encabezar
las listas de los más buscados

y los niños de todas las escuelas delataron a sus compañeros
o pintaron como muflones crucificados en las puertas
de sus casas.

Con un cabello de dinamita a punto de encender su
boca,

la mujer olvida el día en que envejecer pasó a ser un
privilegio.

La mujer que para maquillar la verdad
deja caer sus hombros en el falso idioma de la lluvia.

La lluvia como forma de negación
dialoga con los brazos que acunan oscuridad.

La lluvia como forma de negación
hace curaduría en la galería de arte

en que se ha convertido
la memoria.

MADRES DE CALAMA

*vi. Nosotros seremos entonces la
Corona de Espinas del Desierto
Raúl Zurita*

¿Qué viento del norte mantiene nuestros ojos enterrados
en la arena?

¿Qué astro enciende su linterna en la habitación
oscura de nuestro pecho?

En Atacama, el corazón de una madre es una caracola
que ha cesado de cantar,
una granada que otra mano en el aire sin querer sostiene.

Aquí, se está tan dentro de la noche como dentro de
la madre,

y la memoria se abre como un copihue
que ha manchado de rosa las mejillas de Chile.

*Aquí, me crece un hijo en cada herida, dice doña Pía,
en cada diente que perdí pronunciando su nombre.*

*Ahora, su retrato es una baldosa amarilla
que el silencio de una madre no se atreve a pisar.*

*Un día los labios silban una canción de cuna
para un oído que acaba de nacer,
y al otro, eres capaz de intercambiar agua del mar
por una gota de sangre acurrucada en el cuello de tu hijo.*

*Nuestras manos cubiertas de cobre
partieron en busca de sus rostros hace cuarenta y cinco años,
cuando el calor de Atacama era secreto de Estado
y arriba la luna era una pandereta de hielo atizada por
manos militares.*

*No lloro por la piel que arde bajo la suela de mi zapato,
pues tu cuerpo se endurece con mi llanto,
Hijo, un siglo de calor no compensará
un minuto de frío en los huesos de tu madre.
He matado la primavera bajo mis pestañas
y escarbado hasta dejar negra la larga sonrisa de la llanura
para encontrarte.*

*Cada mujer tiene un desierto gritando en su cuerpo.
Cada mujer canta como una flor desesperada
ante la mano que viene a remover su tallo.*

Remoción de tierra: es otra manera de llamar a la soledad de una madre.

Mientras, los cantos de las mujeres de mi país
se convierten de a poco en heno para alimentar la luna,
en cuentos de hadas heridos por los bastones fríos de
la lluvia;

nosotras, con los ojos aferrados a las nubes
nos desprendemos de nuestras oraciones,
y caminamos por un suelo invisible
sintiendo el peso del mundo
en las rodillas.

SREBRENICA, 1995

1

La muerte apaga la vida en el ojo de Herzegovina.
Un himno se escucha en el corazón del viento,
un himno que las naciones unidas entonan,
mientras el silencio se repliega
en botas y mangas manchadas
con el último sudor de nuestros hijos.
Avergonzados y de rodillas en el campo de tiro,
el alma
es solo nuestra.

En nuestros ojos la muerte entra descalza y en nuestra
lengua,
donde a balazos *Dios* talla su nombre,
cruzada de piernas
la muerte se dispone a recitar una oración.

Nuestra vida es un diamante azul,
un diamante en el dedo tembloroso de Serbia.
Aquel dedo que apuntó a nuestra cara y disparó,
nos mira hoy con ira
y barre con rastrillos nuestra sangre.

Un diamante, la forma del país que definiendo,
mientras los dragones de acero
soplan fuego a nuestras casas.

Un diamante, negro como el infierno canta el Corán
en la mezquita que arde bajo nuestros párpados.
Bosnia es una niña martillando la piedra de la noche.
Bosnia es una niña enamorada de la tarde
que guarda luto con un vestido púrpura en su mano.

La Tierra pronuncia un discurso de paz
que solo los muertos en los camiones oyen.

3

Nadie suavizará nuestro camino
dijo el niño con ojos almendrados
a quien la luz de una bomba había rociado con
fuego.
Afuera, una melodía negra escapaba de su boca,
mientras los sobrevivientes,
que vieron caer su cuerpo como un pequeño
árbol
en mitad de los escombros,
escribían en las piedras una canción
para alabar a sus muertos:
Solo lo que ha sido dejado
dice la verdad y sólo lo que está herido siente
recitaron todos dentro de su cuerpo.
¿Eres tú? dijo el niño
y mientras pronunciaba estas palabras
una mujer se arrodilló en sus labios.
¿Eres tú? repitió.
Soy yo, dijo ella
la luna esclava
lavando su luz
entre los lirios.

KIND OF BLUE

La auténtica incapacidad de hablar
nos viene con la muerte

La muerte es una niña
que habla en lengua de señas con los árboles

y abre en nosotros una escotilla
por donde el océano canta:

*Nadie ha besado tantos pies
para no ser dios de sí mismo*

El silencio es un muro de agua
que no podemos atravesar
sin que primero nos inunde

el agua es un hombre soplando
a tres mil pies de altura

y el hombre una lanza sola
contra la fuerza del oleaje

Hay un mar que duerme en nuestro oído
y un solo de trompeta para despertarlo

La música habla en los dedos
que tocan el rostro
más o menos azul de la muerte

tan solo el demonio puede cantarle al demonio, dices
y hay toda una nación cantando en nosotros:

si movemos los labios en la oscuridad
es por temor a quedarnos sordos

HISTORIA DE LA SUSTITUCIÓN

1

Cuando morimos
todos los lugares
se reúnen en nosotros
 Saltan
desde la blanca mirada
del nacimiento
hacia una oscuridad
que anticipa la sombra

En esa sombra me miro
para ver caer mi adentro
sostenido por una columna
a la que llamo *Madre*

En esa sombra me miro
para ver una palabra de amor
vendar el radio de su herida

La herida que es mi madre
 una tina negra
clavada en el suelo del baño

una niña que cepilla su tristeza
como una cerradura
donde una montaña de tierra
grita por respirar

La herida que es mi madre
un ramo de lirios florecido
en una garganta rota
un pueblo de garzas
 que canta
en las mejillas rojas
de sus hijos

En esa sombra me miro
en ese país olvidado por la luz
donde la piel de una hija
gotea hasta deshacer sus manos
donde la historia de mi adentro
es la historia de mi madre
mi madre
estrellando su corazón
contra el lavabo

2

Si pudieras, madre
como un manojo de pintura
arrojar tu dolor
hacia el espejo
de seguro dirías:

*¿Cuántas capas de pintura se necesitan para cubrir un rostro?
¿Cuánto de mí ha migrado hacia la luz?*

*La cara sobre la que me apoyo es un bastón de hueso
Camino con el recuerdo de lo que fui
doliéndome entre las manos
Soy una mancha de sangre que habla
y todo lo que veo parece no haber sido nunca
y todo lo que siente en mí
habla con rencor de lo que ha sido*

*Quiero despojar mis ojos de su vestimenta de agua
quiero estar desnuda y no reconocirme
estar desnuda y no mirar abajo
y no mirar adentro
y no mirar al frente*

*con la seguridad de haber
sido devorada
recortada
por la risa del azogue
tiznada
por la luz*

3

Madre, te escribo desde la habitación
más oscura de mi cuerpo
donde el agua tiene el color de tu voz
la fuerza de tus manos
y el largo de tus piernas
donde el dolor canta
el miedo
a permanecer
inmóvil

Madre, mírame
estoy abriéndome y cerrándome
como un obturador ante el gran espejo
de tu padre

Madre, ¿quién ha ardido
toda la noche en tu cabello
hasta volverlo blanco?
¿quién te ha pintado
en este lienzo de mercurio
y te ha roto las clavículas como el marco
de una puerta que ya no ha de cerrarse?

En mis ojos
tus labios han pronunciado una misa
que dura siglos
mientras en silencio
tu voz corona en mí
la redonda vocal de la muerte

Tu imagen no puede tocarme, madre
porque estoy dentro de ella
en tu vientre de agua
donde el amor no hiere
y la música descansa

el agua es la segunda piel de una madre
decías
mientras tu mente se fundía en lo blanco
en el blanco que hacía llorar a las paredes
mientras con una batuta imaginaria la niña en ti
hacía bailar las sombras de su cuarto

Con la misma aguja de la abuela te cosieron a ti madre
tú que has cosido la soledad del mar en tus brazos
y has habitado en la casa de *Dios*
como en una sala de parto

Con la misma aguja
que hirió de muerte el aire
que respiraron tus hermanas
te cosieron a ti, madre
ten cuidado con lo que acaricias

en el corazón de tu hija
la aguja de tu mano es una llama
que no cesa de
temblar

FUNERAL DE LAS URRACAS

El año en que comencé a escribir este poema me compré una guitarra. El verano devoró una población de urracas, y dentro de mi cuerpo la abuela terminó de morir. Su oreja derecha se desprendió como un pétalo sobre la mano de mi madre. No lloré. Mi audición disminuyó cuando intenté tocar la guitarra. Mi sentido del tiempo se quebró. Al otro día desperté como si me hubieran asesinado, pero el canto de las urracas me mantuvo en pie. Dicen, que bailar la muerte de un ser querido es pecado. ¿Pero dónde estuvo *Dios*, cuando soldaron a su único hijo a un hombre negro crecido de la madera del manzano? Las urracas no tienen más religión que el canto. Silban para olvidar que han nacido. Y ponen sus alas sobre la acera ardiente, en señal de luto. El año en que comencé a escribir este poema no dormí, pensando que la ira de *Dios* destruiría mis oídos. No dormí, imaginando que mi madre me señalaría. Un dedo en señal de desaprobación basta para herir el corazón de un niño. Su cuerpo abierto como una biblia en mitad de la sala, bastaría para que mi boca dejara de moverse. El año en que comencé a escribir este poema, lo supe. El oído envejece —incluso décadas— antes que la piel.

GRACIA SONORA

El timbre de *Dios* debe parecerse al de Jeff Buckley
una hora antes de ahogarse.
Aunque su biografía diga lo contrario
o la autopsia no revelara nada
de su condición divina,
estoy seguro de que Buckley fue quien en una vida
pasada
realizó la multiplicación de los peces
tocando *Hallelujah* en un concierto en Galilea,
un concierto en el que sin quererlo curó de la sordera
a todo el territorio de Israel.
Mi hermana dice que Buckley
debía tener el registro vocal del tamaño de una
ballena jorobada.
Cosa que comprobaré ahora mismo
porque me podré los audífonos
y escucharé una *playlist* con sus largos lamentos bajo
el agua.
Está claro, Valéry no imaginó que el *Cementerio Marino*
pudiera escucharse dentro de su cabeza.
No imaginó el testamento que fue *Grace*,
o *Mojo Pin*, un poema soldado a mano
sobre la pintura fresca de una motocicleta.

Han pasado más de veinte años
y aún no existe un micrófono que reproduzca los
pensamientos
sin tener que mover los labios y empujar
a la perra gorda de la gramática.

Si Jeff estuviera aquí, invocaría a Whitman
solo para pedirle
que desforeste su barba con una máquina
de afeitar imaginaria.
No sé qué me gusta más entre escuchar *Eternal Life*
o *La Tierra Baldía*.
Si tan solo la voz de Eliot recitando tuviera subtítulos.

Notas al pie al menos deslizándose por sus hombros.
Sé lo que dirías,
seguro el volumen de los comentarios no dejaría oír
el poema.
Para refutar el mito de que nadie puede morir
sin pronunciar su nombre en voz alta,
retaste a Janis y le dijiste
que harías de tu ataúd rojo brillante
un estudio de grabación,
solo para registrar el sonido de las mareas

antes y después que el cuerpo de un solitario
se lanzara al agua.

Antes y después que tu último pensamiento se
hundiera:

*Quisiera ese rango auditivo que tienen las polillas
para recrear el timbre de Dios en mi guitarra.*

CANCIÓN DE CUNA:
A LOS LABIOS QUE ESTÁN POR ABRIRSE

No sé si lo que sostengo en mis manos
cuando escribo
se parece o no al cabello de mi madre
o si son pétalos
de una orquídea imaginaria
que solo yo logro ver

No sé si en realidad despierto junto a ella
con la cabeza afeitada
y sin posibilidad de entendernos
salvo mediante la intensidad
de nuestras pisadas
fuera del hospital

Al nacer
lamí sus dedos durante horas
intentando hallar el significado de ser su hijo
lamí como un panda
cinco palillos de bambú
hasta despertar dos décadas más tarde
en lo que podría ser mi lengua

Abrí la boca
noté que en mis dientes yacían pedazos de su mano
y pensé:
*27 años me tomó llegar a este verso
para no encontrarte en esta página*

no hay traducción en cursiva de sus gritos
usados como epígrafe
en uno de los poemas que jamás publicaré
no hay pasado ni futuro
que no contenga
la huella de su canto
en mí

¿Qué de mi lenguaje puede preservar el olor de su
cabello
y su ternura animal, cuando en un mismo movimiento
me abraza y retiene?

La identidad que poseo cuando estoy en sus brazos
está por fuera del idioma
por fuera de la corriente que hace mover mi boca
cuando da testimonio de lo que no ve

Entonces ¿es madre la que mueve mis labios
cuando leo las líneas de cobre de su cabello
que desde la oscuridad se encorva
irremediablemente hacia mí?

La secuencia original de su arrullo
salpica mi lengua
Los sonidos arden como la primera vez
Hablo
Dios se ablanda en mi pecho cuando pronuncio su nombre
Me alimento de él hasta existir
Hablo
Cada línea es un filete que mi madre asa en sus manos
Transcribo
Imagino en voz alta como los adereza
y espero
a que debajo de cada palabra
la caligrafía de su cabello
me diga:
*hijo, evita que la primera línea de un poema
se parezca a la boca de tu madre al dormir*

DE CÓMO DESPUÉS DE LA TERAPIA
SOY UN ESPACIO BOMBARDEADO

¿Qué color tiene la desesperación en tu cuerpo?

¿Qué pliegue de tu cerebro se ilumina al recordarlo?

¿Con qué animal relacionarías

la mancha formada en tu ropa interior aquel día?

Nunca supe si la voz del terapeuta
me hablaba dentro o fuera de mi cabeza.

Ni la razón por la que mi lenguaje
se mantuvo en estado sólido
durante al menos tres años.

¿Cuántos chistes pueden hacerse en ese tiempo?

¿Cuántas emociones como climas
habrán atravesado este espacio insonorizado?

Pedí permiso para cortarme el labio,
para separarlo en dos hemisferios
e intentar arribar a la parte no destruida.

La parte que recuerda el sonido de los tomates
endulzando la boca de mis hijos,
y no el puño cerrado que me dejó
como una carretera destapada.

Olvidé la forma de sentarme,
la forma correcta de suplicar,
de permitir que la música arrastrara mis caderas
de decir *buenas noches*.

Cuando él salió de mi cuerpo
yo quedé empapada,
como si hubiera sobrevivido a la fuerza de un arroyo
hecho de dulce de guayaba y vidrio fundido.
Apenas él empujó su segunda lengua entre mis dientes
las sílabas que implican negación
detonaron en mi boca.
Apenas sus dedos arrancaron la puerta
me derramé
me hice radiación
dejé de sentir.

Solo los zorros clavan el hocico sin previo aviso.
Solo los zorros mastican el huerto
hasta llenarse las encías de raíces.
Yo tuve un huerto.
Ahora solo existe un fleco de viento frío,
que gira sobre sí mismo
hasta desaparecer.

ANATOMÍA NO IDENTIFICADA

Mi cara dejó de existir antes que mi cabeza.
Antes de extinguirse mis pensamientos soplaron
en direcciones diferentes,
unos me llamaron de Nueva York
otros de Yaundé y viven en los cuernos de un antílope.
Hay tantas plumas aquí
que podría inventar una lengua
donde nombrar toda mi genealogía.
Mi nombre de nacimiento se ha extraviado
en el cuerpo de esos hombres,
no puedo delinear sus manos en la oscuridad
sin perderme a mí misma.
¿Y quién no nace perdiéndose a sí misma?
¿Y quién dice que la muerte tiene un solo reino?
¿Y quién no ve al lóbulo frontal
como un trozo de hielo seco
una vez el lenguaje se ha ido?
Me herí los dedos de tanto buscar mi rostro
sin saber que mis orejas se habían convertido
en auriculares espaciales.
Me herí los pies
intentando probar la existencia de las hadas marinas
sin ver como las tonalidades de mi voz se elevaban
con el olor ardiente de la pitahaya.

La muerte, como toda escena final tiene su propia
banda sonora

Mi *track* favorito se titula:

*Esta es la forma en que los huesos de tus caderas se separarán
de tus piernas.*

Me han vuelto a enterrar una varilla caliente para
medir mi temperatura,
de mi pezón cuelga un tallo de manzana
y mis pulmones han encontrado mejor vida como
estrellas de mar.

Me golpearon tantas veces
que encontraron en mí los cuarenta y ocho tonos
de la escala cromática de la luna.

Ahí viene el forense

—No abras mi boca o me tragaré tu lengua

Aquí viene mi diagnóstico en un lienzo de poliéster.

Mi pastel de rayos gamma.

Mi existencia y su negación en un mismo sobre.

¿Y mi memoria, se habrá levantado a pasear
después de mi muerte?

Lo que puede regenerarse
cabe en la punta de mi índice.

2001

1.

La poesía es la forma de decir que no estoy solo. De no olvidar mis siete años dividirse entre el sonido del televisor y mi hermana. La televisión es el primer recuerdo que tengo de la muerte. Mi hermana es todo lo que puedo nombrar como semejanza del amor. El amor en mi familia está representado por el color blanco. Seis franjas blancas de la bandera estadounidense ondean diecinueve años después en mi cabeza. Entre el fuego y la inmovilidad ha nacido Valentina, mi hermana. *La inmovilidad se torna blanca cuando con ojos cerrados soplas sobre ella*, le digo. Mientras el Vuelo 175 de United Airlines. Explota. Fundiéndose en veinte planos distintos, contra la sombra de la Torre Sur.

1.1

Nueve y diez de la mañana. Nueva York sufre un ataque de pánico que ningún instituto geológico se atreve a reportar. Nueve y diez de la mañana. Las manos de mi hermana hablan por primera vez con la imagen del viento. ¿Desde cuándo la herida

de un país es mayor que la ansiedad rompiendo a patadas la salud mental de tu hermana? A los siete años sufro mi primera mitosis. Mi hermana la padece a los diez meses. Estados Unidos muere en televisión y mi hermana llora detrás de cámaras. Un psiquiatra dirá después que por el amor no correspondido de nuestro padre. El mismo que le dará su primera pastilla contra la ansiedad, a las nueve y cuarenta de la mañana dentro de diez años.

1.1.1

Piedras y hombres llueven esa mañana como en un cuadro de Magritte. Las azafatas apuñaladas en los aviones reproducen una señal acústica, en cada carro de bomberos que atraviesa la cabeza hecha añicos de mi hermana. Diez de la mañana. La cuna de Valentina se tambalea. Estados Unidos levanta su camisa para mostrar la Cicatriz. Los pocillos se llenan con un olor a leche tibia y combustible que mi hermana jamás olvidará. Dentro de su cuerpo una ciudad pintada de blanco se derrumba. Dentro de su cuerpo las manos de su madre la desgarran, como a una tarjeta postal.

1.1.1.1

Martes once. *Para la clase de arte dibuje un transbordador en llamas.* Dice la última página de un cuaderno con nuestro nombre. Hay puntos negros en su interior a los que rápidamente identificas como personas. Me preguntas (agitando tus manos como hélices) por los escalones necesarios para descender de la oscuridad hacia el encendido olor de las ciruelas. Un golpe tras la puerta de mi rostro responde. *Veinte + Los años que te falten.* El dolor se enciende y se apaga con el mismo dedo. Oímos los gritos disolverse en una columna de mariquitas. Vemos a través de la pantalla, la imagen no censurada de la muerte.

1.1.1.1.1

Abre la boca, Vale. Cierra la boca. El cuerpo araña lo real cuando no estás mirando. No te preocupes. En tus labios no hay pecas con las que puedan identificarte. Quizá un poco de compota de ciruela. Un poco del cabello quemado de Cristo. ¿Reconoces en la cuchara los ojos de tu padre? Tu cadera lo

busca, arrastrándote por todos los cuartos de la casa. Su voz desde el teléfono, suena dentro de las paredes. Estás a los pies de la que por once años fue su cama ¿Lo intuyes? Entre el dolor y la gravedad has aprendido a moverte.

UN ÁNGEL DUERME
EN LOS PUÑOS DE PAPÁ

La ternura, algo que se logra a los golpes
Ocean Vuong

Llamo *padre*
a quien niega y afirma a *Dios* con el mismo puño.
Llamo *padre*
a quien hace de mi madre una silla de montar.
Su mano se abre
está a punto de pegar un ladrido.
Quizá sea el modo en que los desvíos del amor
paternal
se traducen en violencia.
Quizá sea el modo en que mi padre
desahoga su frustración
por no haberse dedicado a la pintura.
Para mi padre mamá es un bodegón de moras.
Su mano se cierra como una ostra
que necesita alimentarse
de sonido.
Mamá afina con su voz
cada línea del lavado,

esperando a que mi padre
la tome suavemente
y le desentierre la esperanza
desde los tobillos.

La esperanza no es esa cosa con plumas que se posa
en el alma.

La esperanza es un padre que nunca vuelve a casa,
es el verbo que madre aprieta contra su cuello
y que en el idioma de su piel significa:
hoy no estoy dispuesta al dolor.

2

Descubrí el bismuto
por la pintura que mamá usaba para camuflar
la quemadura alrededor de sus ojos.
La quemadura tiene las iniciales de mi padre.
Alguien que lame con sus dedos el charco de té dulce
bajo la pose de mujer atravesada por una flecha
en que se convierte mi madre
cada vez que él sube las escaleras.
El bismuto es el elemento número 83 de la tabla
periódica.
Tan escaso como la plata,
es a diferencia del cuerpo de mi madre
poco maleable
cuando los dedos de mi padre actúan sobre ella.
El cristal de bismuto
semeja los colores de una mantis marina
sellada en las piernas de mi madre
cuando mi padre la atenaza sin delicadeza.
Mi padre es una criatura acuática
que como el bismuto se expande al solidificarse
dentro de ella.

Mi madre es una princesa egipcia
que delira cuando su apellido de soltera brilla
en los bordes de los dedos de papá
como el letrero de una disco de los 80.

Mi madre es un paisaje pintado de bismuto
que compite con la luna
por acentuar la suavidad de mis párpados.
Toco el bosquejo de su cabello en el aire.
Toca de nuevo, me dice.
Mis manos se queman.

3

Este largo medallón al buen comportamiento es mi padre,
con su mirada rocosa
afilándonos
en el comedor.
Cuatro nudillos como cuatro reinos
miden mis signos vitales.
Cada golpe tiene el sonido de mi padre
mordiéndolo la piel de una manzana verde.
Cada golpe un sermón
que nuestras mejillas suelen agradecer.
La historia de sus manos
puede leerse en la piel de mi madre,
puede oírse
en el viento que se pasea como una viuda
por las vías descuidadas de su cabello.
Cuando la mano de mi padre se enrosca en una vara,
mi madre es un dibujo animado
que se esconde en la caja del televisor.
Cuando la toma como un acordeón,
el ronquido desafinado que se escucha en ella
es más que una representación del dolor.

El dolor es una herida de fuego
que mamá intenta arrancar de su cabeza
cada vez que entra a la ducha.
Imagino su ojo ardiendo contra mi mejilla,
su ojo pintando un mural con el tema de la culpabilidad
soplado sobre mi rostro.
Hay una razón por la que ella se despide
besando el interior de su codo,
una razón por la que la desesperación tiene el largo
su falda,
por la que la imagen del abandono en ella
es una familia abriendo con los dientes la corteza de
un árbol,
hasta que las encías se enamoren de un paraíso roto.
Este es mi padre.
He de bendecir la belleza de sus puños,
hasta que la lluvia
sea solo una idea extraída
del quieto movimiento de sus ojos.

Madre sonrío mientras asa las verduras,
más el sonido de su garganta cuando llora
sigue cayendo por el sifón.

ENEIDA

Imagina que nana tiene bordado en su hombro
los colores del manzano que abrazaste en el 96.

Imagínala bailar bajo el agua,
y a la gramática del océano derivar
en el sofisticado movimiento
de sus piernas.

Imagina como sus dedos pintados de tamarindo
anuncian la hora del desayuno en tu puerta.

Imagínala decir con el acento del Pacífico
revolviendo su gahuate:

*Usa ropa blanca para que los pecados del mundo
no se limpien en nosotros.*

Según la leyenda doméstica,
Dios masticó un bosque de eucaliptos
y de su lengua salieron raíces
que dieron forma al cabello de mi nana.

Un cabello que cuando el sol lo perfilaba
olía a piña madura.

Un cabello dulce en la boca de mi padre.
Él decía que su *tumbao* causaba astigmatismo.
Decía que a las mujeres dulces como mi nana,
hay que enterrarlas con una manzana como lápida
antes que el suelo las reclame de vuelta.

Eneida era el nombre de mi nana
y hablaba en latín antiguo mientras dormía.

Eneida, según mi madre,
tenía el verdadero tono de piel de María Magdalena,
y besaba los nudillos de mi padre
como los de un rey británico
en cada despedida.

Por nuestra parte, mis primos y yo
creíamos que quien leyera las manos de Eneida
estaría condenado a la locura.

Yo leí la línea de mi destino.

Era el lenguaje hablando dentro de mí
en el dialecto anaranjado de mi nana negra.

Era la imagen del pecado brillando en cada uno de
sus pies,

cada vez que pisaba la cama matrimonial
usando a mi padre como montura.

Una vez vi como la imagen de una mujer sagrada
goteaba de su escoba,

vi sus aretes bailar en el aire

como pequeñas manzanas relucientes,

donde la voz de Wilson Manyoma

sonaba mientras cantaba *Los Charcos*

a un volumen que pudo dañar mi audición.

Puedo calcular en qué momento el sabor del calamar
adquirió lenguaje propio en el paladar de mi nana,
puedo adivinar qué dios apollado
brotó de los oídos de mi madre,
cuando Eneida se dispuso a tararear en la ducha
son los charcos mi amor, son los charcos.
Eneida, todas las hojas del manzano tuvieron un
nombre en tu cuerpo,
y la historia de tu piel fue una cáscara dulce,
adelgazada como una palabra que no resiste a la
traducción
en los dientes de tus padres.
La parte blanca de mis muñecas es todo el país que necesito,
pareció decir
cuando cerró la puerta de la entrada como un coche
fúnebre,
para desaparecer con lo que pensé
era un saco de manzanas sobre su hombro
y no nuestras pertenencias
diciéndonos adiós.

HISTORIA DE UNA MUÑECA DE NIEVE

a Kalej

Existe una muchacha
a la que el frío tiende su dimensión más oscura
cavando bajo sus pómulos
un escenario donde ni las cámaras
ni los dedos apuntan
a su rostro camuflado
tras un micrófono, un gorro
y un vaso de leche

20 grados bajo cero son suficientes para que
madure su nariz
y llueva igual a una cereza sobre un plato
A esa temperatura los primeros esquimales
nombraron la genealogía del color blanco
A esa temperatura los pingüinos de hace veinte
mil años
mudaron su plumaje
y construyeron sus primeras colonias
en el hemisferio sur

Un coro de perros en primera fila es cubierto de
pintura blanca
¿No son acaso una pandilla de niños canosos
que vienen a ver a Kalej
recitar la imagen esmaltada de la lluvia
cuando golpea los hombros de los espectadores?

¿No son los mismos niños
quienes usarán su cabello de laurel quemado
con el fin de alimentar la leña de sus chimeneas?

Los sonidos del invierno han modelado
tres cuartas partes de lo que es
y lo demás
puede verse
adensado en las ramas que le sirven de brazos

Mientras *Dios* se descongela en su cuerpo
su voz recitando a Szyborska es elevada
por el cabello fantasmal del laurel
hasta que solo queda Kalej

sin gorro y sin camuflaje
lista para inventar
un lenguaje con las cerezas que nadie se lleva a la boca
y las frases que balbucea la nieve
cuando se posa en estado líquido
sobre cada uno de los micrófonos
para que mañana
cuando todos se embriaguen con cajas de leche
sea interpretado por los niños
a quienes el invierno
les enfrió la audición

y para que la descendencia de pingüinos
traduzca
con el oscuro movimiento de sus aletas
sus poemas sobre el mar que duerme
en la última milla
del hemisferio sur

BODEGÓN DE UCHUVAS

Comparaste las uchucas con ojos que se sumen en la contemplación de un incendio, que parecen nacer de las brasas de maderos modelados por el último jadeo de las llamas. Según la mitología de mi abuela, cada vez que una mujer aplasta una uchuca con su lengua, un mundo es destruido. Dice que si la untas en tu cuerpo antes de acostarte tendrá propiedades curativas que pueden aclarar tu vista. Que si la rocías en tu cabello a mediodía el amor vendrá a golpear a tu puerta hasta reventarse los nudillos. Una uchuca asestada por la lluvia es mal presagio. Mi tía dice que comerse una uchuca mojada puede derivar en un tumor en la garganta. Y según mi hermana su jugo sirve como escudo protector, contra las enfermedades degenerativas que despintan los huesos. No hay grandes libros con la uchuca como protagonista, o como ingrediente secreto de un veneno que separe de tajo, la unión entre dos enamorados. En la Antigua Roma la uchuca sería unidad monetaria, con la cara del emperador de turno tallada en su costado. En Islandia sería plato típico a no ser por el clima nevado y los cantantes de indie, para quienes el color amarillo representa el sonido de moda en la industria

musical. En Sudán creen que la uchuva marinada hace que los niños pierdan el habla y se interesen por las baladas británicas. ¿Los niños Incas las usarían como canicas prehistóricas? ¿Afrodisiaco para los primeros pescadores de Buenaventura, que atraparon con sus manos el resplandor del mar? Estoy seguro que mi madre hilaría un rosario con su versión en miniatura, y algún pintor flamenco la usaría para reproducir atardeceres de algún puerto a la orilla del Rin. Yo no sé qué creer. Me gusta su sabor incendiando dulcemente mi paladar. La forma en que la tierra las engorda. La forma en que permanecen estoicas ante una hoja de metal o una dentadura postiza.

Me gustan las Uchuvas, tanto como a Shakespeare las pezuñas de cerdo en jugo de naranja.

HISTORIA ALTERNATIVA CON GRIEGOS DE FONDO

Si Homero hubiese nacido en un país tropical
Helena sería mulata
París un colonizador inglés
y Troya sería una isla de pacifico sur
repleta de guacamayas que reinarían
una vez se secasen las llamas
en los vientres macizos de los hombres

Si Homero hubiese nacido en un país tropical
cada hexámetro sería una barra congelada con sabor
a maracuyá
que mis amigos y yo probaríamos después de clases
Los dioses dormirían en las cortezas de las curubas
hasta que algún niño entre sus dientes
los despertase
y la luna del Caribe dotaría de color
a los cuerpos aqueos
quienes experimentarían la hinchazón de la mora
al ser trenzados por flechas enemigas

Si Homero hubiese nacido en un país tropical
no hubiese cantado la *Ilíada*

sino la grabaría con aerosol de un color similar al de
las papayas
sobre los muros de cada ciudad
con la intención que los guías turísticos se perdieran

Circe practicaría la santería
y convertiría a los soldados en alpacas
alimentadas con restos humanos
y otras porquerías del tercer mundo

Si Homero hubiese nacido en un país tropical
Un país en que un idioma muere cada dos semanas
colgado de una vara de guayabo
Agamenón sería un católico ortodoxo
que intentaría evangelizar a los troyanos
y quemaría a Ifigenia por considerarle hereje
Mientras Aquiles pasaría a ser un personaje cómico
muriendo por una picadura de serpiente
tres escenas antes de enfrentar a Héctor
en alguna embajada griega

Si Homero hubiese nacido en un país tropical
oiríamos los viajes de Odiseo
por las islas galápagos

en una samba triste
y tendríamos certeza que las naves aqueas
incrustadas como una dentadura en la línea ecuatorial
sucumbieron ante los huracanes
que como se sabe en una versión censurada de la obra
es Hera intentando domar su cabello
con acondicionador de coco

El sonido del agua abraza mi barbilla
Despierto con una hoja de papaya en la mano
para mí que es el mapa de Atenas
y Homero es aquel vendedor de tomates
cantando una salsa brava
a las palenqueras
y soltando loros por la boca
mientras sus más de noventa dioses
le sustituyen la vista
por un disparo
en la lengua

ORACIÓN PARA DESPERTAR

Bendigo el sonido sagrado
que emite el cabello de mi madre
cuando baila Héctor Lavoe
y viaja hacia atrás
lleno de cadenas de oro.
Bendigo sus gestos cuando canta
y los pongo en mi lista de reproducción
con un verso de Pessoa²
o su plato favorito como título.

Bendigo el recuerdo de mi padre:
un hermoso palacio sudanés
antes de ser embestido por el fuego.
Una tarde azul gotea de su lengua
cuando invoca a San Rafael
y decora el techo
con su combinación casi inaudible
de ronquidos.

² Mamá, mamá/ Tu pequeño niño/ se ha hecho grande, /
tan solo es triste.

Quiero vestirme con su piel
cantar hasta reducirme a un hueso de sus manos
cuando rezan.

Bendigo lo que no puedo ver.
Creo que el cuerpo de *Dios* es ficcional,
y tiraré dulces a los vendedores de pájaros
para comprobarlo.
Creo que la muerte me llamará por teléfono
y tendremos una conversación sobre gastronomía.
Quiero narrar la historia de los pétalos
que vienen a morir en mi espalda
cuando la gravedad me hace zancadilla
y soy un elemento más que destella sobre el suelo.

Bendigo mi primera palabra atravesando otro país.
La dieta de los nómadas mongoles que usan mis tías
para no verse como peras maduras.
Bendigo mi lenguaje abrigado con limones
y el cuarto disco de *Radiohead*,
que me ha obligado a pintar mi esternón
con el sonido del espacio.

Bendigo las veinte formas en que mi hermana
busca su genealogía en la palabra nieve,
cuando dice que el cruce de sus cejas
dibujaría una letra del alfabeto hebreo
en el norte de su rostro.

Bendigo su afinidad por la neurolingüística
mientras sopla su dolor sobre lo que ama.

Bendigo cada una de las cuerdas vocales de mi abuela,
cada una de sus bromas sazonadas con tomillo.
Bendigo las nueve casas en las que he vivido,
las 54 puertas que me han cerrado en la cara.
Estoy enamorado del idioma que cantaba mi abuelo
cuando ya no quedaban palabras en su boca,
cuando me dijo con una breve seña
que las palmas abiertas de mi madre
son en realidad/ puertas secretas al paraíso.

ALEJO MORALES (Bogotá, Colombia 1993). Estudiante de Historia en la Universidad Nacional de Colombia sede Medellín. Recientemente ganó el Concurso Universitario Nacional de Poesía de la Universidad Externado de Colombia con el poemario *Abandonados en la puerta de la historia*. Participó en el Taller de Poesía de la Casa Silva en 2017, y en el primer semestre de 2018 participó del primer Taller Distrital de Poesía de Idartes. Sus poemas han aparecido en *Paisaje Inacabado: Antología de poesía reciente*; en la Antología de *Escrituras Creativas*, Bogotá, Cuenta 2019 y 2020, así como en publicaciones impresas y digitales como la página del Festival Internacional de Poesía de Medellín y La Raíz Invertida.

1. *Postal de viaje*, Luz Mary Giraldo
2. *Puerto calcinado*, Andrea Cote
3. *Antología personal*, Fernando Charry Lara
4. *Amantes y Si mañana despierto*, Jorge Gaitán Durán
5. *Los poemas de la ofensa*, Jaime Jaramillo Escobar
6. *Antología*, María Mercedes Carranza
7. *Morada al sur*, Aurelio Arturo
8. *Ciudadano de la noche*, Juan Manuel Roca
9. *Antología*, Eduardo Cote Lamus
10. *Orillas como mares*, Martha L. Canfield
11. *Antología poética*, José Asunción Silva
12. *El presente recordado*, Álvaro Rodríguez Torres
13. *Antología*, León de Greiff
14. *Baladas – Pequeña Antología*, Mario Rivero
15. *Antología*, Jorge Isaacs
16. *Antología*, Héctor Rojas Herazo
17. *Palabras escuchadas en un café de barrio*, Rafael del Castillo
18. *Las cenizas del día*, David Bonells Rovira
19. *Botella papel*, Ramón Cote Baraibar
20. *Nadie en casa*, Piedad Bonnett
21. *Álbum de los adioses*, Federico Díaz-Granados
22. *Antología poética*, Luis Vidales
23. *Luz en lo alto*, Juan Felipe Robledo
24. *El ojo de Circe*, Lucía Estrada
25. *Libreta de apuntes*, Gustavo Adolfo Garcés
26. *Santa Librada College and other poems*, Jotamario Arbeláez
27. *País íntimo. Selección*, Hernán Vargascarreño
28. *Una sonrisa en la oscuridad*, William Ospina
29. *Poesía en sí misma*, Lauren Mendinueta
30. *Alguien pasa. Antología*, Meira Delmar
31. *Los ausentes y otros poemas. Antología*, Eugenio Montejo
32. *Signos y espejismos*, Renata Durán
33. *Aquí estuve y no fue un sueño*, John Jairo Junieles
34. *Un jardín para Milena. Antología mínima*, Omar Ortiz
35. *Al pie de la letra. Antología*, John Galán Casanova
36. *Todo lo que era mío*, Maruja Vieira
37. *La visita que no pasó del jardín. Poemas*, Elkin Restrepo
38. *Jamás tantos muertos y otros poemas*, Nicolás Suescún
39. *De la dificultad para atrapar una mosca*, Rómulo Bustos Aguirre
40. *Voces del tiempo y otros poemas*, Tallulah Flores
41. *Evangelio del viento. Antología*, Gustavo Tatis Guerra
42. *La tierra es nuestro reino. Antología*, Luis Fernando Afanador
43. *Quiero escribir, pero me sale espuma. Antología*, César Vallejo
44. *Música callada*, Jorge Cadavid
45. *¿Qué hago con este fusil?*, Luis Carlos López
46. *El árbol digital y otros poemas*, Armando Romero
47. *Fe de eratas. Antología*, José Manuel Arango

48. *La esbelta sombra*, Santiago Mutis Durán
49. *Tambor de Jadeo*, Jorge Boccanera
50. *Por arte de palabras*, Luz Helena Cordero Villamizar
51. *Los poetas mienten*, Juan Gustavo Cobo Borda
52. *Suma del tiempo. Selección de poemas*, Pedro A. Estrada
53. *Poemas reunidos*, Miguel Iriarte
54. *Música para sordos*, Rafael Courtoisie
55. *Un día maíz*, Mery Yolanda Sánchez
56. *Breviario de Santana*, Fernando Herrera Gómez
57. *Poeta de vecindario*, John Fitzgerald Torres
58. *El sol es la única semilla*, Gonzalo Rojas
59. *La frontera del reino*, Amparo Villamizar Corso
60. *Paraíso precario*, María Clemencia Sánchez
61. *Quiero apenas una canción*, Giovanni Quessep
62. *Como quien entierra un tesoro. Poemas escogidos*, Orlando Gallo Isaza
63. *Las contadas palabras. Antología*, Óscar Hernández
64. *Yo persigo una forma*, Rubén Darío
65. *En lo alto del instante*, Armando Orozco Tovar
66. *La fiesta perpetua. Selección*, José Luis Díaz-Granados
67. *Amazonia y otros poemas*, Juan Carlos Galeano
68. *Resplandor del abismo*, Orietta Lozano
69. *Morada de tu canto*, Gonzalo Mallarino Flórez
70. *Lenguaje de maderas talladas*, María Clara Ospina Hernández
71. *Tierra de promisión*, José Eustasio Rivera
72. *Mirándola dormir y otros poemas*, Homero Aridjis
73. *Herederos del canto circular*, Fredy Chikangana, Vito Apūshana, Hugo Jamioy
74. *La noche casi aurora*, Eduardo Gómez
75. *Nada es mayor. Antología*, Arturo Camacho Ramírez
76. *Canción de la vida profunda. Antología*, Porfirio Barba Jacob
77. *Los días del paraíso*, Augusto Pinilla
78. *Una palabra brilla en mitad de la noche*, Catalina González Restrepo
79. *El tiempo que me escribe. Antología*, Affonso Romano de Sant'Anna
80. *Poemas infantiles y otros poemas*, Rafael Pombo
81. *Trazo en sesgo la noche*, Luisa Fernanda Trujillo Amaya
82. *Reposo del Guerrero*, Eduardo Langagne
83. *Todo nos llega tarde*, Julio Flórez
84. *El pastor nocturno*, Felipe García Quintero
85. *Piel de naufrago*, Xavier Oquendo Troncoso
86. *Yo me pregunto si la noche lenta*, Juan Pablo Roa Delgado
87. *Soledad llena de humo*, Juan Carlos Bayona Vargas
88. *Antes de despertar*, Víctor López Rache
89. *Péndulo de arena*, Carlos Fajardo Fajardo
90. *¿Dónde quedó lo que yo anduve?*, Marco Antonio Campos
91. *Somos las horas. Antología poética*, Abelardo Leal
92. *Dos patrias tengo yo*, José Martí
93. *Visibles ademanes. Antología*, Eugenia Sánchez Nieto (Yuyin)
94. *Los días son dioses*, Robinson Quintero Ossa

95. *Oscura música*, Amparo Osorio
96. *Como acabados de salir del diluvio*, Horacio Benavides
97. *Como se inclina la hierba*, Manuel Iván Urbina Santafé
98. *En la memoria me confundo*, Claramercedes Arango M.
99. *Poemas para leer en el bus*, Rubén Darío Lotero
100. *Memoria del olvido*, Manuel Mejía Vallejo
101. *Vivo sin vivir en mí*, San Juan de la Cruz
102. *Soledades. Antología*, Antonio Machado
103. *La risa del saxo y otros poemas*, Fernando Linero
104. *Poesías*, Guillermo Valencia
105. *Me duele una mujer en todo el cuerpo I*, Antología femenina
106. *Me duele una mujer en todo el cuerpo II*, Antología femenina
107. *¿Cómo era, Dios mío, cómo era?*, Juan Ramón Jiménez
108. *Mordedura de tiempo*, María Angeles Pérez López
109. *Poemas escogidos*, Rafael Maya
110. *Rimas escogidas*, Gustavo Adolfo Bécquer
111. *Con los que viajo, sueño. Antología (1978-2003)*, Víctor Gaviria
112. *Que muero porque no muero*, Santa Teresa de Jesús
113. *Festejar la ausencia. Antología*, Beatriz Vanegas Athías
114. *Polvo serán, mas polvo enamorado. Antología poética*, Francisco de Quevedo
115. *Antología poética*, Carlos Arturo Torres
116. *Poner bellezas en mi entendimiento*, Sor Juana Inés de la Cruz
117. *Poesía Afro Colombiana 1849-1989*
118. *En un pastoral albergue. Antología poética*, Luis de Góngora
119. *Casa paterna. Antología poética 2003-2015*, Fátima Vélez Giraldo
120. *Antología poética de Nicolás Pinzón Warlostén y Santiago Pérez*
121. *Del dolor y la alegría*, Emilio Coco
122. *De acá y de allá. Antología*, Jesús Munárriz
123. *El gran amor. Poemas*, Cicerón Flórez Moya
124. *De noche un pájaro*, Miguel Andrés Tejada Sánchez
125. *Verde que te quiero verde. Antología poética*, Federico García Lorca
126. *Animal de oscuros apetitos. Antología personal*, Nelson Romero Guzmán
127. *Memoria lírica*, Eduardo Castillo
128. *Partículas. Antología*, Mauricio Guzmán
129. *Estoy en lo más profundo del abismo. Antología poética*, Jean-Arthur Rimbaud
130. *...Y el arroyuelo azul en la cabeza. Antología*, Eduardo Carranza
131. *Yo en el fondo del mar...*, Alfonsina Storni
132. *Mi corazón se desató en el viento. Antología*, Pablo Neruda
133. *El humo de la noche rodea mi casa*, Henry Alexander Gómez
134. *Romances del Río de Enero y otros poemas*, Alfonso Reyes
135. *Arde Babel*, Camila Charry Noriega
136. *Para llegar a este silencio*, Santiago Espinosa
137. *Cantos sueltos*, Giacomo Leopardi
138. *Una forma de orgullo. Antología*, Luis García Montero
139. *El amor se parece mucho a la tortura*, Charles Baudelaire
140. *El libro blanco de los muertos*, Álvaro Miranda
141. *El mundo por dentro. Antología*, Carlos Castro Saavedra

142. *Destino. Antología*, Jorge Galán
143. *La hierba abre su latido. Antología*, Yenny León
144. *¡Imagínate...! Antología*, Basilio Rodríguez Cañada
145. *Sonetos*, William Shakespeare
146. *Imagen (in)completa*, Carolina Dávila
147. *Desastre lento*, Tania Ganitsky
148. *Polifonías Dispersas*, Carolina Bustos Beltrán
149. *Cae sobre mí una sombra. Antología*, Diana Carolina Sánchez Pinzón
150. *Poesía colombiana para niños. Antología*
151. *La casa. Antología*, Sandra Uribe Pérez
152. *Soy el cantor de esta verde tierra. Antología*, Darío Samper
153. *El beso. Antología*, Jorge Valencia Jaramillo
154. *La canción del fuego. Antología personal*, Amparo Romero Vásquez
155. *Poesías*, Miguel de Cervantes
156. *Patria de naufragos*, Irene Selser
157. *Mi mano busca en el vacío. Antología poética*, Pablo Montoya
158. *Luz de invierno. Antología personal*, Jorge Eliécer Ordóñez
159. *En mi flor me he escondido*, Emily Dickinson
160. *He escrito todo mi desamparo*, Hellman Pardo
161. *Viento voluble en medio del agua. Antología*, Gustavo Ibarra Merlano
162. *¡Salve, fecunda zona! Antología poética*, Andrés Bello
163. *Delirios del amor divino. Antología*, Sor Josefa de Castillo y Guevara
164. *El universo es la patria*, Emilia Ayarza
165. *Apogeo*, Gioconda Belli
166. *Huellas y paisajes. Antología*, Marín Aranda
167. *Lluvias (Antología poética 1983-2019)*, Hugo Mujica
168. *Hijo de la luz y de la sombra. Antología poética*, Miguel Hernández
169. *Lo que ordena el ruego. Antología*, Luz Andrea Castillo
170. *La orilla de los heterónimos*, Fredy Yezzed
171. *Hay algo nuestro que se está muriendo...*, Leopoldo Lugones
172. *Oración atea*, María Tabares
173. *Más azul, más silencio. Antología*, Ana Mercedes Vivas
174. *La casa en el invierno. Antología mínima*, Juan Carlos Acevedo
175. *Labios que están por abrirse*, Alejo Morales



Editado por
el Departamento de Publicaciones
de la Universidad Externado de Colombia
en febrero de 2021

Se compuso en caracteres
Goudy Old Style de 11 puntos
y se imprimió
sobre papel bulky de 60 gramos,
con un tiraje de
8.000 ejemplares.
Bogotá, Colombia

Post tenebras spero lucem